



Núm. 41. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Noviembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes. 12 rs.	Tres meses. 38 rs.
Tres meses. 32	Seis meses. 74
Seis meses. 62	Un año. 144
Un año. 120	

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONÓMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. 8 rs.	Tres meses. 24 rs.
Tres meses. 20	Seis meses. 46
Seis meses. 38	Un año. 84
Un año. 72	

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; Herrería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Ballière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guizarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administracion de El Cascajero, Plazuela de Matute, 2. — **PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administracion del Conazo de La Moda, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencí, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

La Hermana de la Caridad, por Ángela Grassi.—*El Mediterráneo*, por Augusto Jerez Perchet.—*El día de difuntos*, poesía, por Juan Güell y Rente.—*En el cementerio de Sonson*, poesía, por Gregorio Gutierrez Gonzalez.—*La fe*, por Adela Sanchez.—*Delirios*, por Teodoro Bullenger.—*Leyenda*, por San Martín y Aguirre.—*El antifaz de terciopelo*, por E. Feijó y de Mendoza.—*Explicacion del figurin*.—**VARIEDADES:** *Correspondencia*.—*Charada*.
GRABADOS.—Las Hermanas de la Caridad.—Cáustros de San Pablo del Campo en Barcelona.—El día de difuntos.—La pesca del coral.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Existe una hermosa ciudad, coqueta sirena de los mares, que absorbe sin cesar raudales de oro para trocarlos en ricos y preciados frutos: que atrae á su seno á los viajeros de todas las naciones del universo, ansiosos de dividir con ella sus riquezas. Esta ciudad es la esclarecida pátria de Tíbul y Homero, la más hermosa joya de Turquía, la rica y comercial Esmirna. Hermosura, riqueza y poderío, nada falta á su felicidad; y sin embargo, tambien ha habido para ella dias de luto y amargo desconsuelo, porque tambien las ciudades sufren los rigores de su contraria suerte. El rayo hiere más pronto á la altanera encina que á la florecilla del campo, y en la ley de compensacion y perfecta armonía que rige al universo, es proporcionado al esplendor el infortunio, proporcionado á la risa el angustioso llanto.

Esmirna fué víctima varias veces por su hermosura de la codiciosa saña de los hombres; pero en 1778, llegada al

último grado de la molice inherente á la riqueza, lo fué, cual las ciudades malditas, de la justa cólera de Dios.

Hacia ya algun tiempo que subterráneas sacudidas la presagiaban una catástrofe; pero adormecida en el lujo y los placeres, despreciaba, incrédula, estos salvadores avisos, cuando el día 3 del mes de Julio, á las dos y media de la mañana, experimentó un tan fuerte terremoto, que

tes venian al suelo. Cada sacudida era acompañada de una horrible detonacion, parecida á un cañonazo, y con tanta frecuencia se sucedian aquellas, que cuando se iba extinguendo á lo lejos su estampido, volvía á retumbar con nueva fuerza. Instantáneamente volcáronse las murallas; cuatro mezquitas, tres baños públicos, é infinitos edificios se desplomaron, y para colmo de infortunio, se pegó fuego á una casa inmediata á la del cónsul de Francia.

Cual instrumento de la cólera divina, levantóse entonces un huracan impetuoso, que dió pábulo al incendio, y al siniestro reflejo de las llamas viéronse bambolear los edificios, los montes, los bajeles, pareciendo una legion de espíritus maléficos, danzando sobre los despojos del género humano. Las calle estaban obstruidas de piedras, muebles rotos, joyas y mercancías; mezclados con miembros mutilados y charcos de humeante sangre.

Los gritos de los infelices aplastados debajo de las ruinas; el llanto de los que veian perecer á sus padres y amigos; los mugidos del mar y el ronco son del viento, todo formaba un espantoso concierto que aumentaba el horror de aquella escena. Recogió por fin la noche su velo, quiso asomarse el sol en el oriente; pero horrorizado al contemplar aquel fúnebre cuadro, escondió de nuevo su faz entre las nubes.

Pero no faltaron por esto resplandores á aquella san-



LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

en un sólo instante palacios, casas y mezquitas se desquiciaron, vacilaron los montes, y el muelle, desprendido de la ciudad, pareció una nave zozobante en medio de los irritados mares.

En vano los infelices habitantes, tan bruscamente despertados de su apacible sueño, quisieron apelar á la fuga; los unos quedaban sepultados entre los escombros de sus casas; los otros aplastados en las calles, bajo las masas de piedras desprendidas de los edificios que por todas par-

grieta fiesta de la muerte: el cielo y el mar reflejaban los de las llamas, y todo el espacio que abarcaba el horizonte parecía convertido en una anchurosa hoguera.

Helados por el terror, sin fuerzas para remediar tanta desdicha, los pocos que habían sobrevivido á la catástrofe se hallaban reunidos en la llanura. Era un espectáculo desgarrador y sublime al mismo tiempo. Todos aquellos hombres, de distintas razas y naciones, desde el que había nacido entre los helados témpanos del Polo hasta el que había saludado el sol en los floridos campos de la América, desde el civilizado Franco hasta el más rudo hijo del desierto, todos estaban igualmente arrodillados é igualmente alzaban sus manos al cielo implorando la piedad del Árbitro Supremo.

Tuvieron lugar en esta memorable noche bajas acciones que revelan el instintivo egoísmo de los hombres; pero compensadas por rasgos de sublime desprendimiento, que muestran la elevación á que puede remontarse su alma ennoblecida por la virtud y el entusiasmo.

Viéronse, es cierto, algunos hijos que precipitaron á sus padres en las ruinas para abrirse pronto paso en la fuga; madres que abandonaron sus hijos á las llamas; pero también numerosos hijos y madres que perecieron heroicamente al lado de los seres queridos de sus almas.

Era, como hemos dicho, al rayar el día: las llamas iban avanzando siempre, precedidas por un denso torbellino de humo, y ya ganaban la primera casa de los arrabales.

De repente apareció en lo alto de una de sus torrecillas una mujer pálida, desmelenada, casi loca. Llevaba un niño en los brazos, y presentándolo convulsivamente al pueblo, le pidió con ese acento desgarrador que sólo pertenece al acento maternal, que salvara á su hijo.

Aquellos infelices habían asistido durante toda aquella noche á cien escenas semejantes, y su sensibilidad estaba embotada.

Miráronse unos á otros, y nadie se sintió con valor para entrar en una casa que empezaba ya á ser invadida por las llamas.

Entonces se presentó una mujer, casi una niña.

Era una Hermana de la Caridad que habitaba en el cuartel de los Francos, y que con el heroísmo que presta la fé del Dios que murió por redimirnos, había ejecutado aquella noche actos de una intrepidez inaudita.

Por todas partes se la había visto donde era más inminente el peligro, donde la muerte se ensañaba con más furia. El fuego del entusiasmo brillaba en sus ojos, y la divina aureola de la caridad cristiana parecía coronar su frente. Hubiérase dicho que las llamas retrocedían ante ella, que los vacilantes edificios próximos á caer se detenían, cual si la franqueasen el paso.

Cien víctimas había arrancado á la muerte. Tiernos huérfanos que habían visto perecer á los autores de sus días, quedando sin amparo; decrepitos ancianos; míseros enfermos que se arrastraban por el suelo intentando en vano salir de aquellas tumbas, próximas á tragarlos, habían recibido de ella salvación y consuelo.

Estaba entonces allí, descansando de tantas fatigas, arrullada por las generales bendiciones, cuando aquel grito vino á recordarla que no debe reposar el que milita bajo las banderas de Cristo, mientras haya llanto que redimir, palmas gloriosas que alcanzar.

La joven se arrojó llena de santo ardor hacia el sitio en donde la llamaba el infortunio: el pueblo lanzó un grito de espanto y quiso detenerla. En aquel instante oyóse el lejano zumbido del huracán subterráneo que avanzaba, y las llamas impelidas por el viento lamieron la torrecilla. La infeliz madre soltó un nuevo y lastimero alarido.

—¡Una escala, pronto, una escala! gritó la joven con ese acento de entusiasmo que sabe electrizar las almas.

El pueblo obedeció, y pronto la escala salvadora fué apoyada en la pared.

Mas la triste madre, ahogada por el humo, cayó al suelo moribunda, y ya había dejado de existir, cuando aún estrechaba convulsivamente á su adorado hijo entre los brazos.

No había tiempo que perder: el ruido crecía, crecía sin cesar, y las llamas avanzaban siempre. La joven elevó sus miradas al cielo, murmuró una plegaria y subió intrépidamente la escalera.

Todos los corazones palpitaban: de todos los ojos brotaba el llanto.

Llegó á la torrecilla con la rapidez del pensamiento, y cogiendo al niño lo arrojó á la multitud, que había extendido precipitadamente sus mantos para recibirlo. Luego quiso bajar, salvó algunos peldaños; más ¡ay! sonó la fatal detonación; se conmovió la tierra, y las ruinas del desplomado edificio sirvieron de sepulcro á la esforzada heroína.

Afirma la tradición que en aquel momento supremo los habitantes de Esmirna vieron brillar entre el humo del

incendio una luminosa estrella que subió rápidamente al cielo...

¡Tal vez Dios quiso llamarla á sí, para ceñir á su sien la corona del martirio!

Los sacudimientos duraron casi sin interrupción hasta el mes de Setiembre; pero á pesar del general desconsuelo y la escasez de víveres, el pueblo no abandonó jamás al huérfano, y como nunca es infructuoso un beneficio, á las inmensas riquezas que éste adquirió más adelante con su talento, debió Esmirna el volver á inscribir su nombre entre el de las ciudades poderosas.

Sobre las ruinas donde espiró la Hermana de la Caridad erigieron un magnífico sepulcro, y allí van las vírgenes á rendirla su tributo de flores; allí concurren los extranjeros de todas las naciones para admirar su heroísmo y bendecir su nombre, porque la virtud es como el sol, que en toda la redondez de la tierra resplandece y su luz es en todas partes bendecida.

ANGELA GRASSI.

EL MEDITERRÁNEO (1).

NÁPOLES 24 DE NOVIEMBRE.

Abandonamos Venecia.

Seguimos la costa oriental de Italia, que ofrece agradables puntos de vista.

Fondeamos en Ancona, población mercantil edificada en anfiteatro, que conserva antigüedades de importancia; vemos la ciudad de Manfredonia; desembarcamos en Tarento, que se halla en el extremo septentrional del golfo de aquel nombre, y hacemos despues rumbo hacia la isla de Sicilia, separada de Italia por el Estrecho ó Faro de Mesina, que tiene tres kilómetros de ancho, y del Cabo de Bona (Africa) por un canal de 138 kilómetros.

—Curioso espectáculo, dijo Salvador cuando el *Neptuno* se encontraba á la mitad del Estrecho; y al hablarnos mostraba porción de barcos, semejantes por la distancia á una bandada de gaviotas.

—Y bien, respondí: no encuentro cosa alguna de particular en esa aglomeración de buques.

—Toma el antejo y pensarás lo contrario.

Hicelo así.

—Ahora qué ves? insistió mi amigo.

—Veo que son lanchas pescadoras.

—Pero sabéis lo que pescan? objetó Serafin.

—Por mi parte no lo sé.

—El coral. Y si fijáis bien la atención observareis que las embarcaciones ofrecen dos magnitudes: las mayores van tripuladas por diez ó doce hombres y las otras por cinco ó seis.

En la proa hay una bola y sobre ella una pintura que representa la imagen de Cristo, de la Virgen ó de un Santo.

El patron de la lancha va en la proa y la tripulación en la popa, sitio destinado á guardar la pesca.

Las redes son formadas por dos barras de palo, atadas en cruz, cada uno de cuyos brazos mide dos metros de largo. La cruz está lastrada en su centro con una piedra ó con un lingote de plomo. Cada barzo de la cruz tiene una cuerda de cinco metros próximamente, que sostiene seis redes de anchas mallas, y cuando el aparato cae al fondo del mar se adhiere á las rocas; el coral se enreda en las mallas, y haciendo girar un cabrestante que hay situado en la popa de la embarcación, suben las redes con el coral arrancado al fondo de las aguas.

He dicho que el patron ocupa la proa del buque, y añadiré que se sienta sobre la banda.

El aparato está sujeto al cabrestante por una cuerda que se arrolla en el mismo y llega hasta la cruz mencionada, pasando sobre un muslo que el patron tiene fuera de la lancha, revestido de un pedazo de cuero, y segun la violencia con que le oprime la cuerda, comprende cuando es ocasión de que el aparato descienda hasta el fondo.

Entonces lo hace así; el artificio cae encima del coral, se enreda éste en las mallas, y la cuerda sube y baja distintas veces, para que con el movimiento repetido sea mayor el enredo.

La operación es penosa y los pescadores se conceptúan felices cuando los barcos más grandes recogen 300 kilogramos de coral.

Los mercados principales adonde va este producto son los puertos del Mediterráneo.

Serafin guardó silencio.

Habíamos llegado cerca de las embarcaciones y comprendimos la exactitud de su explicación.

(1) Fragmento del excelente libro que con el mismo título ha publicado su autor.

En la popa de dos ó tres lanchas había algunas ramas coralinas de formas diversas, destinadas sin duda á cambiar de aspecto y á representar un papel en el mercado del mundo.

Hé aquí una de tantas maravillas de la creación.

Hé aquí uno de los preciosos dones que nos suministra el fondo de los mares.

El coral, considerado hasta el siglo XVIII como un vegetal y reconocido ahora como un pólip, ha merecido en todo tiempo muchas distinciones. Orfeo y Ovidio lo cantaron. Los Indios lo amaban. Los Galos adornaban con él sus armas, uso que hoy practican los Asiáticos. Los Turcos lo esparcen en granos cerca de los cadáveres para que no se les acerquen los malos espíritus, y en la mayoría de las naciones es una gala que sirve para dar nuevo realce á la hermosura de la mujer.

La isla de Sicilia, á cuyas costas nos acercamos, se llamó antiguamente *Trinacria*, por su forma casi triangular; despues, los Sicilianos que la ocuparon le dieron el nombre de *Sicania*, y luego los Sículos el de *Sicilia*.

Allí, entre varias otras montañas, surge el Etna, que se eleva 3.237 metros sobre el nivel del mar. Allí corren á través de pintorescos valles los rios Gianetta, Salso, Platani, Belici, Termini y varios más, de escasa importancia.

Palermo es capital de la isla, y ésta se divide en siete provincias: la de aquel nombre, y además Mesina, Trápani, Catana, Caltanissetta, Syracuse y Girgenti.

Pasado el Estrecho desembocamos en el mar Tirreno. Era de noche cuando Nápoles se presentó ante nuestras miradas.

Quise admirar el panorama de la bahía, y permanecí largo tiempo sobre cubierta, con mis dos amigos, no menos ávidos de ver la sorprendente decoración.

El *Neptuno* dió fondo.

—Sabes en qué pienso? dije á Serafin.

—No puedo adivinarlo; contestó el capitán.

—Recordaba aquel canto de *Lucía* que oímos hace algunas noches.

—Extraño recuerdo!

—Es que hay sin duda algun enigma en la triple equivocación que padecemos.

—Silencio! murmuró al mismo tiempo Salvador.

—Qué sucede? preguntamos.

—Escuchad.

—Otra vez! dije.

—Lelia, Lelia! exclamó Serafin.

El canto que creímos percibir en el archipiélago llegaba hasta nosotros. Eran las mismas notas de *Lucía*, expresadas con idéntica entonación.

Sonaban por la proa, y nos dirigimos hacia aquel lado, silenciosos y cautos como asesinos ó salteadores que acechan á su víctima.

Una figura se destacaba junto al bauprés; el misterioso cantor.

—Lelia! repitió Serafin, precipitándose hacia el extremo de la proa.

Al mismo tiempo cesó el canto.

La figura volvió el rostro, extrañando quizá la intempestiva presencia de Serafin, y dijo pausadamente:

—Buenas noches!

Era el doctor Williams.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.



DIA DE DIFUNTOS.

¿No escuchais ese fúnebre lamento
Que en alas va del vagoroso viento
Haciendo estremecer?
Es el eco feral de la campana
Que retumba en la bóveda lejana
Cual la voz del no ser.

Helada la razón, muerto el sentido,
El párpado se inclina dolorido
Y llora sin cesar.
La muerte extiende sus sombrías alas,
Y se sienta en el templo con sus galas
Por vernos sollozar.

Derrama el alma pesados lanto,
Y en medio de su gélido quebranto
Inspira compasión.
Todo lo mira en derredor sombrío,
Y aumenta su terror y desvarío
De la campana el són.

Si al templo tiende su glacial mirada
En las negras paredes ve pintada
La imagen del dolor.
La voz del sacerdote al rezo mueve,
Y el lábio triste la plegaria leve
Murmura con terror.

El cirio que arde en enlutada nave
En la sombra refleja el lento y grave
Paso del criminal,
Y en negro catafalco se ve alzado
El esqueleto sùcio y descarnado
Del misero mortal.

Reza á su vista el avariento triste,
Y junto al pobre que de harapos viste
Implora sin cesar.
Ambos su frente con pavor doblegan
Y su riqueza y su miseria entregan
Delante del altar.

La hermosa virgen de sufrir marchita
El blanco seno dolorosa agita
Y llora su orfandad,
Y al débil rayo de amarilla lumbre
Exhala su infinita pesadumbre
Gritando á Dios: ¡Piedad!

¡Quién ¡ay! no llora en tan tremendo día
La falta de un objeto que quería
Con todo el corazón!
¡Quién no se asusta al voceador ruidoso
De ese doblar de muerte comprendido
Por la pobre razón!

¡Quién no recuerda, en su infeliz memoria,
De cien abuelos la pasada historia
Y el tiempo que pasó?
Sangre brotando el corazón suspira,
Y con asombro el esqueleto mira
De lo que tanto amó.

¡Sin vana pompa y con el ojo fijo,
Al pié del misterioso Crucifijo
Llora la humanidad;
Y entre las filas de los cráneos secos
Buscan los ojos por sus ojos huecos,
La luz de la verdad!

¡Qué fué del hombre que en la loca orgía
Trocó la noche por el claro día
Beodo en el festín?
Preguntadlo á la hedionda sepultura
Que os contará la amarga desventura
De su angustiado fin.

Imbécil, que en sus horas de grandeza,
Al tocar en su puerta la pobreza
La expulsó con horror.
Por eso allá, en su tumba solitaria,
Ni siquiera se escucha una plegaria,
Ni se esparce una flor.

¡En dónde está la mágica hermosura
Que de amor palpitando y de ternura
Nos hizo enloquecer?
Preguntadlo á la tumba misteriosa,
Que os contará su vida tormentosa
Y eterno padecer.

Infeliz, que en sus dulces ilusiones
Vendía sus ardientes emociones
A precio de oro vil.
Por eso allá, en su tumba carcomida,
Sólo crece la yerba corrompida
Y el hediondo reptil.

Misera vida, que en vergel de flores
Suspiras por la pompa y los honores
Sin freno ni virtud;
Contempla con eterna pesadumbre
La torpe y asquerosa podredumbre
Que exhala el ataúd.

JUAN GUELL Y RENTÉ.

EN EL CEMENTERIO DE SONSON.

Aquí no se descansa ni se duerme,
Que morir no es dormir y no es soñar;
Aquí sólo reposa el polvo inerte;
Pero el alma... buscadla más allá.
Mas venid á rogar por el ausente,
Para toda plegaria hay un altar,
Y la fé, la oración, hallan fervientes
Consuelo siempre, decepción jamás.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.
Medellín.

LA ESPERANZA.

La pluma se detiene reconociéndose impotente al tratar de la santa virtud de la Esperanza que sostiene nuestro espíritu, que fortalece nuestra alma, y llena de delicias inefables el herido corazón: como se detendría al querer describir lo que descripción no tiene, el poder inmenso de Dios, la soberana grandeza de la creación ó la augusta magnificencia del no ser.

La esperanza! ella con su solo nombre lo expresa todo, lleva en sí toda la bondad y la dulzura que en nuestro ser derrama.

La esperanza entreabre los labios del tierno niño con la primera angelical sonrisa. La esperanza dilata en dulce suspiro el pecho del que tierno adora y espera la frase que lo ha de hacer feliz; ella enciende en santo entusiasmo la fantástica mente del poeta; ella hace bellas las horas de la alegre juventud, que con tierno cariño la acaricia; ella acompaña al que recorre la segunda mitad del camino de la vida, alumbra con su luz radiante los tardos pasos del anciano que, fijando su mirada en Dios, espera la hora de subir á la mansión de eterna paz, y recoge el postrer suspiro del que tranquilo muere, esperando entrar en una vida mejor.

En la esperanza encontramos en los grandes dolores de la vida el consuelo que desde el Cielo nos manda Dios. ¡Qué sería de nosotros, en las difíciles pruebas por que pasamos, si ella no llenara nuestra alma?

Oh! bendita sea la esperanza, porque ella nos evita terribles sufrimientos: cuando con el alma desgarrada vemos sufrir en el lecho del dolor á un ser querido; cuando henchido de pena el corazón al oír el triste acento que la muerte anuncia y nuestra alma destroza, caemos de rodillas y regando con nuestras lágrimas el suelo, levantamos el corazón á Dios, pidiendo la salud de aquel ser idolatrado, al elevar nuestros ojos á la celeste esfera, la luz de la esperanza abre un nuevo horizonte á nuestra vista, y donde todo era antes desesperación y oscuridad brota el bienestar y la tranquilidad del que acaricia en su pecho la esperanza, y espera confiado un bien supremo.

Si una desgracia inmensa, aterradora, llena nuestra alma de luto y de tristeza eterna, en los momentos memorables en que el dolor brota á torrentes de nuestro ser, y sin consuelo lloramos la pérdida irreparable del ser que, abandonando el mundo, deja un vacío inllenable en nuestra alma; en esos momentos, decimos, de amargura en que parece que el cielo sobre nosotros se desploma, alzamos hacia él nuestros ojos, buscando un consuelo que en la tierra no encontramos, y hasta entonces el consuelo descende, y el alma dolorida abraza una esperanza suprema, la del eterno reposo para el alma que de la vida huyó, y esa esperanza consuela nuestra amargura y derrama dulcísimo bálsamo, que al caer en nuestra reciente herida disminuye la intensidad de su dolor.

Ved al pobre naufrago que, asido á una débil tabla, lucha brazo á brazo con las olas embravecidas, y defiende su vida palmo á palmo, cuando su vigor desmaya, cuando su vista se desvanece, el agua empieza á ahogarlo, y rendido de cansancio se deja lentamente sumergir; en el instante supremo en que dá al mundo su último adiós, siente renacer su perdida esperanza, confía en ganar pronto la orilla, y aquella vaga esperanza fortifica su abatido espíritu, dá nuevo vigor á sus cansados miembros, y merced á un enérgico esfuerzo, se salva, debiendo su vida á la esperanza que sus fuerzas duplicó.

La esperanza es el deslumbrante faro que guía á los que, creyentes en Dios, le adoran: por el camino de la virtud, tras su brillante estela, corren las naciones y se precipitan al mundo ansiosos de alcanzar lo que ambicionan.

¡Qué sería sin la esperanza nuestra existencia? Noche sin luna, campo sin rocío, flor sin perfume; abismo sin fondo, en que el alma caería si no se sintiera acariciar por la hermosa brisa de la esperanza; la desesperación más terrible se apoderaría de nuestro ser cuando un dolor nos hiriera, si nuestra fé no nos digiera "confía y espera," desesperación que nos conduciría al más horrible

precipicio. Nó; sin la esperanza sería imposible la vida porque ella es su esencia, es su perfume y su rocío, y mucho más imposible la felicidad que tras ella va siempre.

Quisiera tener una bien cortada pluma para hablar eternamente de la esperanza que el alma humana abraza siempre; de la esperanza que tan necesaria nos es siempre; pero más que nunca en las grandes situaciones, en los agudos dolores; pero en la imposibilidad de que mi humilde pluma describa lo que por su infinita grandeza es indescriptible, me limito á bendecir una y mil veces la virtud dulcísima que nuestro corazón llena de inmenso bienestar, que nuestra alma sublima y nuestra mente llena de celestes ilusiones, que tiene el poder de elevar nuestro ser hasta poner ante el trono del Eterno la ofrenda de nuestra gratitud, que la virtud de la esperanza nos concede.

Alcemos, lectores, nuestra voz al cielo y ofrezcamos juntos eterno culto á la cristiana virtud de la esperanza, raudal inagotable de consuelo.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

DELIRIOS.

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO FERRER Y LL...

(Conclusion)

III.

Ah, que grata es la vida! Cuán risueño nos parece el sopor producido por ese fugaz sueño, cuando el alma impresionable y melancólica, en bella mañana de primavera, desea hallar dulces emociones en el campo, y huella bajo sus pies la verde yerba que alfombra la humedecida tierra: abarca con su vista estrecho espacio, pero enriquecido con la sombra de copudos árboles, cuyas ramas entrelazadas ofrecen la variedad del capricho; cuando sus oídos se recrean con la armonía seráfica que las canoras gargantas de mil ruiseñores exhala, acompañada por el murmullo de una cercana fuente; cuando su pensamiento recorre los infinitos mundos de la fantasía hasta detenerse ante la imponderable hermosura de una mujer adorada que habita en su corazón, envuelta en las voluptuosas irradiaciones del amor más santo... y más callado.

Ay! las fantasías tórnanse presto realidades; las quiméricas ilusiones se evaporan al remontarse hacia las más ignotas regiones; y entonces la vida aparece al través de un velo sombrío y la naturaleza se despoja de todos sus encantos. Ya no tiene belleza la mañana, ni aroma las flores, ni sombra los árboles, y las aves sólo dejan oír cantos de luto y de muerte. El alma del poeta, esa alma desheredada, que gime entre los vaivenes del mundo, huye entonces con espanto ante el frío esqueleto que la realidad le presenta, llamando en su auxilio á todas sus creencias que han de sostenerle en su fatigoso camino.

IV.

Me encantais, árboles! Al veros, enséñame mi pecho á impulsos de dulces emociones, y sobre todo, cuando de vosotros se escapa á raudales la melodía, puesto que las parleras aves convierten vuestras ramas hospitalarias en amorosa y alegre morada, y con sus variados trinos prestan inspiración á los géneos privilegiados; como sin duda la prestarían á Mozart, á Beethoven y á Bellini.

Yo os contemplo y admiro, porque sois sombríos como las imágenes de lo desconocido que crea la ardiente fantasía; poéticos y terribles como las sombras que brotan del cerebro calenturiento de Hoffman y de Ana Radcliffe.

La callada noche os reviste de todos los tetricos colores que sumergen el espíritu en un Océano de tinieblas, en el que la razón lucha con lo sobrenatural y maravilloso.

Creced, creced siempre, centinelas latentes de la madre naturaleza; extended vuestras ramas hasta rasgar las opacas nubes, que os desafían con negras tempestades, y sobre todo no os dejéis despojar, por el vendabal del otoño, de todas vuestras hojas: salvad alguna siquiera, para que yo, que os admiro, pueda un día, cansado, dormir bajo su sombra y soñar que soy feliz, porque en mi afanosa carrera he procurado reverenciar todas las virtudes de la tierra.

V.

La imponente y majestuosa soledad de un bosque, el perfume balsámico de las flores, que la suave brisa acaricia lánguidamente; el cariñoso arrullo de dos tiernas y amantes tórtolas; la blancura de una camelia; el bello aspecto de la roja dalia; el esplendor de la rosa, que se abre al beso amante del sol, que sonriente ilumina el mundo; la melancólica luna, que envuelve siempre con

velos de tristeza á los seres y á las cosas: todo esto me recuerda á cada instante... que amo el amor!

El fragor tenebroso de la tempestad que se desencadena; los rayos que enrojecen el espacio; el trueno que retumba, despertando los ecos de las montañas; el viento que silba; el azote de la lluvia; el pedrisco que resbala y se incrusta en la tierra; la densa oscuridad de la noche; las agudas espinas de un arbusto; la llama que tiende á quemar las blancas alas de una mariposa; los suspiros, las lágrimas; una flor marchita y deshojada bajo mis livianos piés... todo esto y mucho más me recuerda siempre... que amo el amor con sus goces, sus martirios, sus luchas y sus tempestades.

TEODORO BOULLENGER.

Barcelona 8 de Mayo de 1872.

LA LOCA DEL VALLE.

(Leyenda tradicional.)

I.

Como el nido del gilguero que se oculta en lo más frondoso del follaje, así Nise, la hija de Beltran el Leñador, tenía oculta su blanca choza entre unos sauces, en las encantadoras márgenes del Ebro, junto á la comarca de Rocamora.

Nise era la niña de blonda cabellera, de ojos azules y cuello alabastro.

Sus goces, sus alegrías y esperanzas se cifraban en su pequeño valle, y jamás imaginó que detrás de los elevados montes que se extendían á su vista, existiese más mundo.

Nise tenía quince años:

era una de esas naturalezas privilegiadas, en las que parece que el cielo haya puesto un átomo de su belleza para delicia de los hombres. Amaba á su padre, á las flores y á las aves, sin pensar que existiese en la tierra otro amor.

Cada día, con ligera planta, Nise iba á la vecina fuente por agua, y sentada junto á su arrulladora corriente, veía correr plácidas las horas, escuchando los cantos del ruiseñor.

Una tarde, cuando más embargada estaba Nise en sus contemplaciones, vió bajar por una vereda inmediata á un joven zagal, que iba guiando un rebaño de blancas ovejas.

—Guárdete Dios, hermosa zagala! díjola el joven; ¡qué haces tan solitaria en la fuente?

—Quién eres tú?... preguntóle Nise con timidez.

—Que quién soy yo, me preguntas? contestóle el desconocido: soy Lisardo, el que guarda el rebaño del señor del castillo.

—Lisardo!

—Sí, niña de dulce mirada; mas dime: ¿no tienes miedo de estar tan tarde en la fuente? Ya el astro del día se ha ocultado tras el vecino collado. ¿Quieres que te acompañe á tu morada?

—Nó, no te conozco...

Y Nise fijó en el pastor sus bellos ojos, pero los bajó

ruborizada, pues era éste, en verdad, un gallardo mozo.

—Hermosa eres, á fé mia, graciosa niña. ¿Se puede saber tu nombre?

—Mi nombre?... Mi padre siempre me llama Nise.

—Pues bien, querida Nise, ¿quieres que el pastor Lisardo te acompañe hasta tu casa?

—Id, zagal, á cuidar vuestras ovejas, y dejad que las muchachas regresen solas á sus hogares.

—Te molesto acaso?... ¿No comprendes, hermosa Nise, lo que te están diciendo mis ojos?

Nise se puso colorada como la flor de peonía, pues las miradas de Lisardo tenían un *no sé qué* incomprensible para ella, y huyó presurosa hácia su casa.

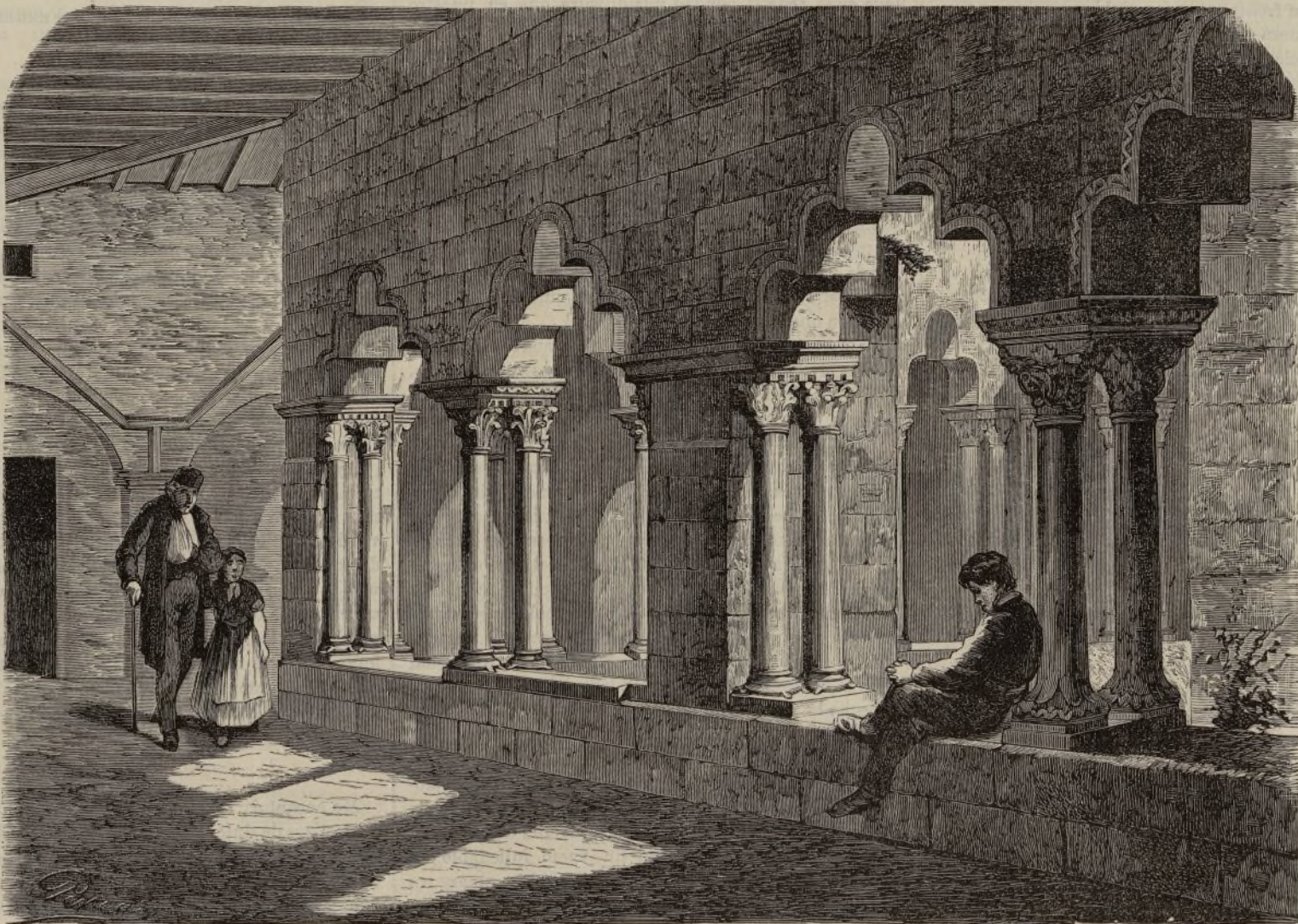
II.

Y pasaron algunos días sin que Nise fuese á la fuente.

Desde el día que tuvo la entrevista con Lisardo, veía la triste y pensativa, sin que se cuidase de las flores ni de los cantos del ruiseñor. Y era que Nise amaba á Lisardo.

Beltran preguntó á su hija la causa de su tristeza.

Nise contó lo sucedido, á su padre.



CLAUSTROS DE SAN PABLO DEL CAMPO EN BARCELONA.

—Yo disparé tu tristeza, exclamó éste, y partió.

Y al siguiente día el joven pastor juraba su amor á Nise bajo los sauces de su casita.

Beltran había cumplido su palabra, devolviendo la alegría á su hija.

III.

Y así pasó algún tiempo.

Pero sucedió que el señor del castillo, D. Men Ruy de Lara, yendo un día de caza, extravióse entre los sauces de la casita de Nise, y enamoróse perdidamente de ésta.

—Quién eres? preguntóle el de Lara con una voz que hizo temblar á la niña.

—Soy, señor, Nise, la hija de Beltran el Leñador.

—Hermosa eres, por mi vida, Nise! Yo te amo y te daré cuanto desees, con tal de que me quieras.

—Nó, mi señor; mi corazón ya no me pertenece, pues se lo he dado al pastor de la ardiente mirada.

—A qué pastor?

—A Lisardo, el que apacienta vuestro rebaño, dijo Nise con sencillez.

—Dime, Nise, repuso el de Lara: ¿quieres venirte conmigo y serás la señora de mi castillo, y tendrás pajes de rubias cabelleras á tus órdenes?

—Gracias mi señor; el corazón no se parte.

—Una palabra tuya, niña; una palabra, y serás dueña de mis castillos, de mis valles, de mis feudos y zagales.

—Amo á Lisardo, y por nada del mundo seré indigna de su cariño.

El de Lara exclamó con despecho:

—Pobre de tí, Nise, porque te amo, y jamás serás la esposa de ese imbécil.

Algunos momentos después llegaron los pajes que iban buscando á su señor.

A una señal de éste se apoderaron de la hermosa Nise.

A pesar de sus súplicas y gritos, la pobre niña fué llevada al castillo y encerrada en uno de sus más profundos subterráneos.

Aquel mismo día el de Lara participó á Nise que estaba resuelto á hacerla su esposa al siguiente.

IV.

Llegó la noche.

Y á las negras tinieblas de ésta, siguió el matutino crepúsculo, lleno de encanto, de vida y poesía.

El águila extendió su vuelo por el espacio; los pajarillos saludaron regocijados al nuevo día; las flores abrieron sus cálices...

La antigua capilla del castillo de Lara estaba fantásticamente alumbrada por una multitud de cirios, y un venerable sacerdote, postro ante sus altares, aguardaba el momento de la ceremonia que debía verificarse.

No se hizo esperar mucho el señor de Lara. Un momento después viósele entrar jadeante de alegría, pues miraba cercano el fin de sus deseos.

Seguíanle varios lacayos y deudos, entre los

cuales iba la infeliz Nise, ataviada con sus ropajes de novia y vertiendo abundante llanto.

—Dios mío! Dios mío! exclamaba la pobrecilla; libradme de los lazos de mi señor, y juro ser vuestra esposa!

De este modo llegó la comitiva á los altares.

V.

—Qué deseáis, noble señor? preguntó al de Lara el sacerdote.

—La mano de Nise.

—Y vos? continuó el anciano, dirigiéndose á ésta; pero ¿qué veis? ¿Por qué humedecen el llanto vuestras mejillas?

—Ah, padre mío! porque no quiero ser la esposa de mi señor.

—Pues yo deseo que sea mia, y de lo contrario ¡ay de vosotros!

—¡Detened vuestra impía lengua y no oséis profanar este sitio!... exclamó inspirado el sacerdote; ¡no puedo bendecir este enlace, porque Dios me lo prohíbe!

—Pues será, balbuceó enfurecido el de Lara.

Pero en aquel mismo instante los pintados vidrios de las góticas ventanas de la capilla cayeron al impulso de



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

dos fuertes hachazos, y dos hombres, puñal en mano, saltaron dentro de la capilla.

Eran Lisardo y Beltran el Leñador.

—Ay de vos, si habeis injuriado á mi amada!

—Ay de vos, señor de Lara!

Estas dos exclamaciones, que fueron pronunciadas es-

pontánea-
mente por
Lisardo y
Beltran, al
introdu-
cirse en la
capilla, hi-
cieron re-
troceder
á los cir-
cunstan-
tes.

—¡Aellos,
mis vasa-
los! exclamó el de Lara.

Pero era tarde. Lisardo con una de sus manos le tenia cogido del cuello, mientras con la otra amenazaba sepultarle su afilado puñal en el corazon.

Mientras tanto Beltran prodigaba sus auxilios á su hija, que exánime de alegría, se habia desmayado entre sus brazos.

—¡Deteneos, sacerdotes, y postraos ante el Redentor! exclamó el venerable sacerdote ante tan imponente escena, levantando en sus manos solemnemente el sagrado cáliz donde se hallaba la Santísima Hostia.

Por un impulso sobrenatural, todos se ar-

rodillaron, excepto Nise, que continuaba desmayada en los brazos de su padre.

Entonces, aprovechándose el anciano sacerdote del estado de sus ánimos, pronunció un discurso, en el que expuso los admirables preceptos del Evangelio, los cuales recomiendan encarecidamente el perdón de las ofensas, y concluyó rogando á los circunstantes diesen al olvido sus mutuos odios.

Todos lloraban.

De repente el señor de Lara, conmovido, salióse de la capilla.

—A dónde vais, señores? preguntáronle algunos vasallos saliendo tras él.

—En busca de la paz del alma! contestó el de Lara. Y montando en su soberbio alazan, partió á galope.

VI.

Un instante despues la capilla del castillo estaba desierta.

Lisardo, su pobre amante, la seguia por doquier que fuese, y cuidaba de ella con el interes de un hermano.

VIII.

Pasó un año. Era el aniversario de tan infausto suceso.

Por una coincidencia inexplicable, la pobre amada de Lisardo falleció al dar el reloj la misma hora en que se cumplia el año de su locura.

Quizá el recuerdo fatal de la escena que se representó en la capilla del de Lara, la llevó á la tumba...

Lisardo lloró como un niño la pérdida de su amada, y la enterró junto á la fuente donde la habia visto por vez primera.

Aquel mismo día Beltran recibió un propio de manos de un campesino, el cual estaba concebido en estos términos:

“Cuando estas líneas llegaren á vuestras manos, vuestro señor de vida y haciendas ya no pertenecerá al mundo, sino á Dios. Desde fondo de mi celda he sabido la desgracia de Nise, de cuya causa fui autor,

y ruego á Dios se compadezca del pobre pecador que causó la infelicidad de dos amantes dignos de mejor suerte... Es mi voluntad que mis bienes pasen á vuestro poder. Rogad por el que en el siglo se llamó *D. Men Ruy de Lara*.

—Dios tenga piedad del desgraciado, exclamaron Beltran y Lisardo, despues de haberse enterado del contenido del propio.

Y un momento despues, tristes y abatidos, volvieron á sus hogares.

IX.

Pasado algun tiempo, el castillo de Lara se habia tro-



EL DIA DE DIFUNTOS.

Beltran y Lisardo habian trasladado sin sentido á Nise á su pobre choza; pero cuando ésta volvió de su letargo, á nadie conocia: estaba loca.

Beltran y Lisardo lloraron la desgracia de Nise.

VII.

Y así trascurrió algun tiempo.

A Nise, á la desgraciada Nise, la de blonda cabellera y alabastrino cuello, veíase correr por las veredas exhalando la infeliz plañidera quejas, en las cuales revelaba sus desgraciados amores.

Los campesinos la llamaban *la loca del valle*.

Ayuntamiento de Madrid

cado en un espacioso hospital, en donde dos religiosos, llenos de unción y piedad cristiana, se consagraban al servicio del desvalido.

Aquellos religiosos eran Lisardo y Beltrán el Leñador.

X.

Hoy todo ha desaparecido. Sólo quedan algunas ruinas, al parecer de un gótico castillo, y una cristalina fuente, á la que algunos ancianos, que recuerdan confusamente la tradición contada por sus antecesores, dan el nombre de la *f fuente de la loca*.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

EL GUSANO DE LAS HOJAS.

La semejanza que existe entre los insectos y otros objetos de la naturaleza, particularmente aquellos que pertenecen al reino animal, es á veces muy extraordinaria. Algunos gusanos que se agarran con las patas á la planta que les sirve de alimento, son bastante semejantes á los brotes de las mismas plantas, pues su color favorece mucho la ilusión. El insecto llamado cochinilla fué considerado como una semilla, hasta que en 1530, el naturalista español Acosta, que le examinó cuidadosamente, manifestó su verdadero carácter. Este error subsistió mucho tiempo despues entre las personas dedicadas á su comercio.

Uno de los ejemplos más notables de esta extraña semejanza, es el gusano de las hojas (*phylloium scythe*), cuya igualdad con ellas ha dado origen á su nombre. Sus huevos tambien son muy parecidos á una semilla.

El gusano de las hojas pertenece al género de los ortópteros, que, como por ejemplo las langostas, no hacen los huevos como los gusanos, sino que aparecerían haber llegado á un estado ya perfecto, si la ausencia de las alas y otros indicios, no sugiriese la opinión contraria. No se presentan nunca dormidos, sino que despues de haber variado de piel un número de veces determinado, aparecen las alas.

El insecto de las hojas sale del huevo, rompiendo la cáscara: primero aparece la mitad del cuerpo; la cabeza y la cola, que están encontradas, salen despues unidas; las alas son las últimas que aparecen. Entónces tienen las tres cuartas partes de una pulgada de longitud; su color es un amarillo que tira á encarnado. Cuando una vez se ha fijado en las hojas que han de alimentarle, como las del mirto comun, adquiere muy pronto un verde brillante, y apenas puede distinguírsele de una hoja. El error se aumenta aún más por la costumbre de enroscar su cola hácia arriba, haciendo que esta curva le asemeje muchísimo á la extremidad de la hoja de mirto. La parte superior del insecto es de un verde opaco, pero la inferior es sumamente clara y brillante. Se adhiere al revés de la hoja, de manera que la superficie brillante es la que queda arriba, cosa que sirve mucho para aumentar esta semejanza que le hace tan notable. El insecto está constituido para llevar esta vida con las patas hácia arriba, con comodidad, porque tiene garras y una especie de esponja entre ellas, que segrega una sustancia viscosa que hace que se adhiera á la hoja.

En este estado el gusano está sin alas aún; las antenas tienen entónces la forma de las de una hembra, y en lo sucesivo las patas son como las de los machos; una pequeña protuberancia indica el sitio de las alas que ha de tener despues. El gusano sufre cuatro mudas ó *eodyses*, como se llaman técnicamente. La primera muda se verifica diez meses despues de haber salido del huevo; durante este tiempo, tiene un pequeño aumento en tamaño; despues de esta muda, su apariencia se cambia en un grado muy pequeño. El abdómen es un poco más ancho que ántes, y la protuberancia en el punto en que ha de tener despues las alas, está más marcada. El nudo tercero de las antenas crece tambien en longitud. La segunda muda se verifica tres meses despues de la primera; las alas aparecen entónces, pero de un tamaño pequeño. Las junturas de las antenas en el macho, manifiestan indicios marcados de division. Una variedad de esta especie devora la piel de la segunda muda. Este insecto, cuyo alimento es exclusivamente vegetal, se aparta de su costumbre en esto de un modo raro, á no ser que el gusano no solamente se parezca á las hojas, sino que además tenga el mismo sabor que ellas. La tercera y última muda tiene lugar dos meses despues de la segunda. Un día ó dos ántes de cada muda, tiene una vivacidad inusitada y mueve mucho su cuerpo, mientras que sus patas están firmemente agarradas á la hoja. Entónces toma un color gris, causado indudablemente por el acto de la muda.

Despues de la última muda, el insecto llega rápidamente á su perfecto desarrollo; despues de las dos prime-

ras mudas su color es un verde esmeralda, pero luego tiene un poco de amarillo en sus costados: cuando pone los huevos llega á ser pardusco, y pasa por todos los tonos de color de una hoja que se seca. No hay una gran diferencia entre el macho y la hembra; el primero tiene dos pulgadas y tres cuartos de largo, y la segunda tres pulgadas y media; en el macho las antenas son de una pulgada y un cuarto de largas, y están compuestas de veinticuatro partes unidas, trece de las cuales son más pequeñas y de distinta forma de las once restantes; las antenas de la hembra no tienen más que una octava de una pulgada de longitud, y están formadas de nueve partes, un tercio de las cuales es mucho más grueso que el resto. El débil aparato de sus patas es mucho más ancho en la hembra que en el macho; el abdómen es mucho más amplio en la hembra, y está colocado de un modo particular, en vez de presentar ese paralelismo que se advierte en las extremidades abdominales del macho.

El país propio de estos gusanos es la India, y requieren una atmósfera siempre benigna, por lo cual no podrían vivir en nuestras latitudes sujetas á tantos cambios, á ménos que no fuera en invernaderos.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

Nada, pues, tenia de bonita, en la verdadera acepción de esta palabra, pero un atractivo particular emanaba de toda su persona; en sus ojos se leía la pureza y la bondad, y en su triste sonrisa el sufrimiento. Vestía un traje de percal ó indiana color de avellana, y un pañuelo de barés blanco; un velo de tul céfiro y un ramito de jazmines en la cabeza, completaban su atavío.

—Síntese V., señorita, la dije con dulzura, señalándola un sillón.

La joven tomó asiento, y me contestó algo cortada:

—Señora, me han dicho que V. queria darme algunas cosas para bordar, y á eso vengo.

—Sí, hija mia, repliqué con viveza; deseo que V. me borde unas gorras y peinadores, mas luego hablaremos de eso. Dígame V. ántes: ¿cómo está su señor padre?

La bordadora me dirigió una mirada de sorpresa: exclamando:

—Cómo, señorita! Acaso V. conoce á mi padre?

—No, querida mia, no le conozco, mas sé que está el infeliz impedido en una cama, convertido en una estatua, y su estado me inspira compasion.

—Gracias, gracias, señorita! repuso la niña con efusion; en eso demuestra V. que su alma es tan hermosa como su rostro; y si es así, ¿cuánto tiene V. que agradecer á Dios! pues su rostro es bellísimo.

General, esta ingenua alabanza me halagó y entusiasmó más que cuantas adulaciones habia recibido durante mis viajes. Una indefinible simpatía me arrastraba hácia aquella joven, y eso que era la primera vez que la veía. Me alegraba en extremo de que me encontrase bella, y que yo le fuera tan simpática como ella me lo era á mí. Así fué que, al oirla, cogí sus bellas manos entre las mías, y la dije con un arranque de ternura, que no me podía explicar.

—Cómo se llama V., niña mia?

—Angela, señora, contestó la bordadora, atónita de mi extraño modo de obrar.

—Pues bien, Angela, la dije mirándola con agrado. Yo, aun cuando no la conozco á V., la admiro. Sé su gran cariño de hija, los cuidados que prodiga á su anciano padre, los sacrificios que hizo por no separarse de él, y la virtud de V., que es conocida de toda la ciudad.

—Señorita, respondió Angela ruborizándose, V. me favorece demasiado; yo no hago más que cumplir con mis deberes de buena hija, y ninguna virtud hay en ello. ¿Cómo yo no habia de amar á mi buen padre? ¿A quién debo todo lo que soy; es decir, mi existencia, mi educacion, y la pequeña instruccion que poseo? ¿Quién no honra y venera á sus padres? ¿Quién no lo sacrifica todo por ellos? ¿En verdad que son bien pobres de espíritu las personas que á los deberes los llaman virtudes!

—Angela, exclamé enternecida; su nombre de V. es el único que la conviene, porque es V. un ángel, ¡tanta virtud y modestia, son dos cosas que no siempre se ven reunidas! Ah, niña mia! Tengo 22 años; pasé dos recorriendo lo mejor de Europa, y no he visto una persona que me agradase tanto como V.

—Mil gracias, señorita, me contestó Angela, fijando en mí su pura mirada. V. es muy buena, y deberia comprender que en el mundo hay mucha virtud. ¡V. se engaña en encontrarme virtuosa! Como yo, son todas las mujeres.

—Está V. satisfecha con su suerte, Angela? la dije cariñosamente.

—¡Oh, sí, mi bellaseñorita! Cada uno debe conformarse con la suerte que Dios le depare, y procurar ser feliz en su estado, no aspirando á más que á lo que su posicion le prometa. El que desea cosas que no están á su alcance, es un loco sin talento y sin virtud.

General, yo estaba admirada; aquella niña me daba una leccion. ¡A mí, que me llamaba desgraciada si algun pequeño contratiempo violentaba mi voluntad ó ajaba mi orgullo! ¡A mí, que tenia todos los goces que hacen amable la vida, y sin embargo, no me consideraba dichosa! Con todo, no quise darme por vencida, y la dije con un tanto de acritud:

—Y sin embargo, querida, es V. pobre! Tiene V. que trabajar para vivir, su anciano padre está postrado en cama, ¿y á esto llama V. ser feliz?

—Entendámonos, señorita, replicó la joven con dulzura, de llamarse una feliz á vivir resignada, hay mucha diferencia; ¡hay diferencia entre la satisfaccion y la conformidad. No me aterra el ser pobre, ni el trabajar para subsistir: mas sí el que mi amado padre esté impedido, y que no haya para él remedio. Pero, señorita, ¿qué adelantaria con desesperarme? Nada; y así, resignándome á los decretos divinos, tengo ese mérito, y le prodigo mis cuidados como buena hija.

Augusto, quedé vencida; era imposible no convencerse al oír hablar á aquella virtuosa niña. Oh! Cuán pequeña me consideraba yo á su lado! ¡Cuánto me subyugaba su pura y sincera virtud!

—Angela, exclamé conmovida; quizá tenga V. razon. Ah! ¡Cuánta bondad atesora su alma! Yo quiero ser su amiga, deseo conocer á su buen padre, y mañana, si V. me lo permite, iré á hacerla una visita.

—Con mil amores, hermosa señorita, contestó la niña con alegría; pero... añadió con más cortedad, si V. tiene la amabilidad de entregarme esas cosas para bordar, me iré; mi padre se halla solo hace un rato, y me es preciso volver á su lado.

—Al instante, la dije; y levantándome, saqué de una cómoda una pieza de batista y se la entregué á Angela.

—Adios, señorita, exclamó la bordadora con efusion. Recordaré con gusto el momento que he pasado á su lado, porque es V. muy bondadosa y amable.

—Adios, Angela, la respondí; venga V. á verme con frecuencia.

La joven me saludó y se retiró.

CAPITULO XI.

MI PRESENCIA PRODUCE DESDICHAS.

Al encontrarme sola pensé en la joven que se acababa de separar de mí; me interesaba y me conmovia. En el transcurso de mi vida no habia encontrado más que almas pequeñas, que á todas horas me prodigaban adulaciones, y por eso el carácter ingenuo y digno de Angela me interesaba, como todo lo que no está uno acostumbrado á ver: deseé conocer más íntimamente á la bordadora, y al otro día, segun la ofreciera, me dispuse á ir á su casa sola y á pie; y sin embargo, obedeciendo, como siempre, á un secreto instinto de coquetería, me vestí con la mayor elegancia.

Un traje de gasa rosa, una manteleta de encaje negro, que descubria mi talle, y un sombrero de crespon blanco adornado de margaritas, componian mi atavío; la vanidad dominaba á todos mis demás sentimientos; queria ser admirada y envidiada, lo mismo en la buhardilla que en los palacios; queria brillar siempre y en todas partes. Sin embargo, jamás me adornaba con joyas, porque en medio de mi orgullo me hubiera avergonzado de apelar á ese recurso para agradar y deslumbrar.

Me introdujeron en una piececita limpia y decente; para el lujo á que yo estaba acostumbrada, muy pobre, mas para la posicion de sus moradores, bastante regular.

En un catrecito de hierro estaba acostado un anciano de 65 á 70 años; su rostro no podia ser más venerable ni simpático; á un lado, sentada en una silla baja, se veía á Angela con un vestido blanco, y su hermoso cabello en bucles, los cuales caian sobre sus hombros. Tenia en el pecho un ramito de pensamientos, y en la mano un bordado bellísimo en el cual trabajaba.



Lit de Ruiz, Espíritu-Santo 18.

EL CORREO DE LA MODA,
Administracion, Plaza de Prim, n.º 2.

Ayuntamiento de Madrid -

Al otro lado del lecho, sentado tambien, y teniendo entre las suyas una de las manos del paralítico, habia un jóven oficial de marina, de hermosa y noble presencia, y que al parecer seguia con él una conversacion en voz baja.

Al verme Angela se puso en pié, y salió á recibirme á la puerta.

El marino se levantó tambien, me saludó con respeto, y me ofreció su silla, que yo acepté, sentándome al lado de Angela.

—Oh, señorita, cuán buena es V.! me dijo la jóven con agradecimiento. ¡Cuán amable ha sido en tomarse la molestia de subir tantas escaleras sólo para vernos! Hace un momento hablaba á mi padre de V. y de su bondad para conmigo; él no creia que V. viniese á vernos, mas yo le decia: ¡la hermosa señorita vendrá; cumplirá su palabra, porque es muy buena!

—Sí, sí, dijo el viejo con emocion; mi hija no se ha engañado; V. ha abandonado su palacio, en donde reinan el lujo y la riqueza, para subir á una desnuda buhardilla á consolar á un desgraciado enfermo y á unapobre jóven, que pasa su vida asistiéndole como un ángel. Ah! si no fuera por mi hija, ¿para qué queria yo la vida?

—Padre mio! murmuró Angela con tono de reconven-

cion. —Lo repito, repuso el anciano tristemente: ¿para qué me sirve la vida en el estado en que me hallo? ¡Además, soy un estorbo para tí!

—Señor! repuso Angela tapándole la boca; calle V.! Calle V., que blasfema!

—Caballero, exclamé yo; no se abandone V. á la desesperacion, porque con tan buena hija, la vida es siempre amable.

Yo he sabido, como no lo ignora nadie en la Coruña, que Angela es un modelo de buenas hijas; por ese yo deseaba conocerla, y hoy que he logrado esa dicha, quiero ser su amiga.

—Oh, sí! dijo el oficial de marina con pasion; Angela es una buena hija, y Dios recompensará sus virtudes!

—Es hermano de V., Angela, ese jóven? la pregunté yo.

La niña se puso encendida como una amapola y balbuceó:

—Nó, señora..... no es mi hermano; es un..... antiguo amigo.

Todo lo comprendí, y dirigí á Angela una mirada maliciosa; pero ella se quedó tan cortada, que me dió compasion, y la dije con bondad:

—Querida, quiere V. enseñarme ese bordado? me parece precioso.

Angela me le enseñó, así como otros muchos.

El jóven marino seguia su conversacion con el viejo, sin cuidarse para nada de mí, y como si no me hallase en la sala; mientras á cada instante dirigia á la bordadora miradas de inteligencia y de ternura.

A pesar mio, á pesar de todos mis propósitos, mi vanidad se sublevó. Estaba tan acostumbrada á brillar en primer término, que me era imposible permitir el triunfo de otra mujer, por más legítimo que fuese. No estaba acostumbrada á vencer mis pasiones, y mis pasiones me arrastraban, convirtiéndome en juguete suyo.

Me puse de pié indeliberadamente, y supliqué á Angela que me enseñase sus dibujos para escoger los que me conviniesen.

Angela se levantó y salió de la estancia; yo pude entretanto contemplar con tanta mayor atencion al marino, cuanto él, sin fijarse en mí, seguia con la vista á la modesta jóven.

Era hermoso y de una presencia muy distinguida. No se apercibió siquiera de que yo le mirase, y cuando dejó de ver á Angela prosiguió tranquilamente su conversacion con el anciano.

Esto ya era demasiado para mi orgullo, y me creí ofendida; una cólera insensata se apoderó de mí, y sólo me contuvo la presencia de Angela, que volvió muy en breve trayendo los dibujos.

Elegí de entre ellos los que me parecieron de mejor gusto, y me dispuse á retirarme, pero antes de efectuarlo, cedí á un movimiento de vanidad instintiva.

Por coqueteria habia permanecido con el velo del sombrero caído, el cual era espeso y ocultaba mi rostro; tuve la debilidad de atribuir á esto el desden del oficial, y quise castigarle, deslumbrándole con mi hermosura. Me dirigí al lecho del enfermo para despedirme y dirigirle palabras de consuelo.

El oficial, al ver que me acercaba, se habia puesto de pié; yo levanté el velo del sombrero, mi rostro quedó descubierto, y miré con fijeza al descortés, que no me habia rendido su homenaje.

El marino demostró al verme una admiracion inmensa; sus ojos me dirigieron miradas ávidas; parecia querer tener más poder en la mirada para abarcar más; sus pupilas

irradiaban de asombro. ¡Oh! mi vanidad quedó satisfecha! El efecto que produje, me recompensó bien de la indiferencia que al principio me habia manifestado el jóven.

Volví á echarme el velo sobre el rostro: sólo lo habia tenido un segundo descubierto; el tiempo preciso para fascinarle.

Mi intencion, Augusto, no era causar ningun daño á la pobre Angela, se lo juro á V., y al mostrarme á su novio, sólo habia cedido á un impulso de amor propio herido.

Seguí un rato al lado del viejo, y en todo este tiempo el oficial permaneció pensativo, mirándome de cuando en cuando, afanoso, como si mi presenciale produjese un malestar indefinible.

Yo tuve compasion de él, y despues de haber saludado y abrazado á Angela, me retiré.

¡Oh! desgraciadamente, el mal estaba ya hecho: mi vista era fatal; bastaba mi presencia para causar desdichas!

CAPÍTULO XII.

LA VIRTUD DE ÁNGELA ME CONTAGIA.

Pasaron ochodias sin ver á la bordadora. Ella no venia á mi casa, porque sus labores se lo impedian; y yo no iba á la suya temiendo perjudicarla con mi fatal presencia, en el corazon de su novio. Angela era tan buena, tan pura, que á su lado se respiraba un perfume de virtud contagiosa.

Ese era el motivo por el que yo no queria causarla un disgusto, y aun en mi corazon me reprendia, por haber cedido á un movimiento de vanidad mostrándome al jóven marino.

General, recordará V. la muerte de Irene; y me estremece de terror por Angela; ¡por Angela, que me era tan simpática!

Yo hacia el terrible sacrificio de no verla, pero la suerte lo dispuso de otro modo.

Una mañana se me presentó la vieja criada de la bordadora, diciéndome en nombre de su jóven ama: "que á pesar de no conocerme, se tomaba el atrevimiento, en vista de mi bondad para con ella, de suplicarme que pasase un momento á su casa, porque su padre se hallaba muy enfermo."

Sin pensar en nada, seguí á la sirvienta como estaba vestida; llevaba una bata blanca de batista, pues el calor era sofocante.

Encontré al enfermo de mucha gravedad, y á su hija deshecha en lágrimas al pié de su lecho.

La jóven al verme se dirigió á mí, diciéndome angustiosamente:

—Señorita, mi padre se muere; hace tres horas que está sin sentido.

—¿Y por qué no ha mandado V. por un médico al momento? exclamé.

—Oh! mi buena señorita, repuso: dos veces le he mandado á llamar; pero como le debemos algunas visitas, quizá por eso no venga.

—Angela, repuse con tono de reconvenccion, ¿V. necesitaba algo? ¿Y no se dirigió á mí que soy rica y que mi mayor deseo es complacerla!

—Sí, señorita, V. se mostró muy buena para mí las dos veces que nos vimos; pero como despues no manifestó V. deseos de saber de mí ni de mi padre; temí haberla disgustado en algo la tarde que estuvo aquí, y hoy al hallarme sola, con mi padre enfermo, y sin Leopoldo á mi lado, la necesidad me obligó buscarla á V., confiada en su bondad.

—Angela, contesté con dulzura, se queja V. de que yo la tuviese olvidada, y no sabe V., mi querida niña, que en eso le hacia un gran favor.

—Señorita! No la entiendo á V.!

—Ni es preciso, repliqué con viveza: mas dígame V., quién es ese Leopoldo?

—El jóven que V. vió aquí la otra tarde, y que es mi futuro esposo, tuvo que ir al Ferrol, á un asunto urgente; así es que me veo sola y con mi querido padre en este estado.

—Angela, no se apure V., pues á su padre nada le faltará.

Mandé avisar á mi casa para que viniese nuestro médico, y al poco tiempo se presentó: miró con toda detencion al anciano impedido, y meneó la cabeza con aire triste; le dispuso una pocion para que se le administrase en seguida, y á favor de este remedio, el padre de Angela volvió en sí.

Llamé aparte al doctor, y le obligué á que me dijese francamente el estado del enfermo.

(Se continuará.)

EL VALLE DE LA MUERTE.

Leemos en un periódico de Nueva-Yorck, que algunos ingenieros que estaban trazando el ferro-carril de Jhan-sas-Pacific, penetraron en el Valle de la Muerte, que se halla situado al Norte del antiguo camino que los Mor-mones atravesaban para ir á California. Este Valle ocupa una extension de 10 leguas cuadradas, y está rodeado de montañas inaccesibles. Completamente desnudo de veje-tacion, como no sean algunas plantas alcalinas pestife-ras, allí no se ve ningun arroyo, ni pájaros, ni huellas de ningun cuadrúpedo. Por los carros que hallaron los inge-nieros en aquel lugar de desolacion y espanto, vinieron en conocimiento de que allí pereció de sed y hambre la expedicion aventurera de Montgomery en 1850, compues-ta de más de ochenta familias, y que se dirigia á poblar la California.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE CONFECCIONES

DE TAMAÑO EXTRAORDINARIO,

que se dá de regalo á las señoras suscriptoras de año y medio año.

FIG. 1.^a *Traje para paseo*.—Vestido de seda de dos telas. La falda inferior es á rayas anchas, violeta de dos tonos. La túnica, del tono más claro, lleva al cantodos volantes del tono más oscuro, ribeteados de raso negro. La túnica, que forma delantal por delante, va abierta en los costados y recogida con pasamanería.

Igual adorno lleva la graciosa manteleta que completa el traje. Sombrero adornado de ramo de flores con caída.

FIG. 2.^a *Traje para paseo*.—Nada más elegante que la confeccion que ostenta, adornada de entredoses y encaje de lana. El vestido es de bengalina azul de mar, y la falda lleva en el bajo ancho volante fruncido, con cabeza de encaje. El encaje debe ser de tono más oscuro. Camiseta con corbata y mangas de encaje. Sombrero de seda azul con largo velo flotante.

FIG. 3.^a *Traje de visitas*.—Tan severo como elegante es el traje que viste esta figura. Se compone de falda de terciopelo, plegada por detrás y adornada por delante con un ancho volante, ondeado de abajo y encima bullonados y ruches. Larga polonesa de faya bordada, guarnecida de terciopelos y encajes. Echarpe que haga juego y sombrero de terciopelo y tafetan adornado de flores y encajes.

FIG. 4.^a *Traje de paseo*.—Vestido de terciopelo verde oscuro liso. Confeccion *Rabagas*, de rico cachemir á rayas de colores vivos, terminada con largo fleco rizado. Tambien puede ser de terciopelo negro ó cachemir blanco; de ámbos modos produciria muy buen efecto. Sombrero cerrado de terciopelo blanco con pluma blanca y velo corto.

FIG. 5.^a *Traje de visitas*.—Vestido de poplin gris hierro ennegrecido. La falda va tableada por abajo y guarnecida con medias ondas ribeteadas de terciopelo negro y realzadas con gruesos botones. Dolman de paño negro con manga griega, adornado de pasamanería y rico fleco. Sprit y lazos de cintas adornan el sombrero de copa alta.

FIG. 6.^a *Traje para reunion*.—Lindísimo es el traje que ostenta esta figura. La falda, de seda, lleva una graciosa combinacion de bullonados y volantes fruncidos, con cabezita estrecha. La acompaña túnica y chaqueta de cachemir blanco con redondeles azules, que puede ser negro con redondeles punzó. Tanto el chaleco, como los adornos de la túnica, son de seda igual á la del vestido.

FIG. 7.^a *Traje de Paseo*.—Vestido de poplin venturina, con adornos de terciopelo negro. Pardessus *Canonesa* del mismo poplin y adornado del mismo modo, con esclavina corta y redonda. Sombrero de terciopelo negro guarnecido con una pluma que cae sobre la moña y cuyo pié oculta un pájaro azul.

Explicacion del Figurin 1048.

FIG. 1.^a *Traje de paseo*.—Vestido de reps, color venturina, con adorno de volantes, tableado el primero y encima otro tirado, orillado de biés de tono más oscuro y cabeza del mismo tono. Igual adorno realza la túnica y la chaqueta, con chaleco figurado de tono más oscuro. Un encaje de lana de color forma berta cuadrada. Sombrero de seda del color del vestido, con grupo de rosas y largo velo flotante.

FIG. 2.^a *Traje para niña*.—Falda de alpaca blanca, adornada con tres cintas azules, y polonesa á rayas azules y blancas. Lazo azul en el cabello; botas grises.

FIG. 3.^a *Traje de visitas*.—Vestido de seda color violeta. Polonesa de gró negro, adornado de encaje negro y lazos violetas. Sombrero de seda violeta con ramo de rosas y una pluma negra.



MONASTERIO DE SAN PABLO DEL CAMPO, EN BARCELONA.

Segun refiere el padre Massot, autor del *Compendio historial de los ermitaños de San Agustín en Cataluña*, á fines del siglo IV vivian en unos desiertos cerca de Barcelona muchos monges del instituto de San Antonio Abad, los cuales recibieron de San Paulino, obispo de Nola, el hábito y la regla de San Agustín, ciñendo entonces la mitra barcelonesa Lampadio, quien erigió convento é Iglesia, bajo la advocacion de San Pablo, en un antiguo hospicio cerca del mar, entre la ciudad y Monjuich.

Tal fué su origen; el monasterio destruido y restaurado varias veces, ha llegado á nuestros días, conservando

dicha máquina es la mejor de cuantas hasta el día se conocen, pues se han suprimido todos los inconvenientes de las antiguas, y se le han añadido todos los adelantos conocidos, hasta el punto de *coser con uno ó dos hilos*.—La acreditada casa de D. Antonio de Paz, en Santander, es la encargada de su venta, remitiendo dicho señor cuantos detalles puedan necesitar nuestras suscriptoras.

LA UNIVERSAL

GRAN PELUQUERIA Y PERFUMERIA DE LA CATALANA
PLAZA DE SANTA ANA, NUM. 15, TRES TIENDAS.

Recomendamos á nuestras suscriptoras este magnífico establecimiento, que hemos tenido el gusto de visitar con detencion, y que nos ha dejado sumamente complacidos.

Su simpática dueña acaba de llegar de París, trayendo consigo los últimos decretos de la moda, y no ha omitido gasto alguno para montarlo á la altura de cuantos en su clase hasta ahora se han conocido, pudiendo competir con los mejores del extranjero.

En uno de los tres grandes salones ha abierto un elegante despacho de perfumería, procedente de las mejores fábricas de París y Londres.

rosa y se ponen en infusion durante algunos dias en 100 gramos de agua, á los que se añaden despues 200 gramos de miel, y luego se guarda. Generalmente se emplea mezclándolo con una cantidad cuádruple de agua.

Solución á las charadas insertas en el número 37 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Octubre, por las señoritas D.^a Dolores Sainz de Rozas, Bilbao; D.^a Joaquina Bornas de Ciraco, Lumbiers; D.^a Narcisa Villalta, de Valladolid; D.^a Cármen Amando, D.^a Gertrudis Villesca, D.^a Inocencia Lobines, y los Sres. D. José de Izco Bornas, don Ramon Cifuentes, D. Cándido Martinez, D. Eleuterio Dou.

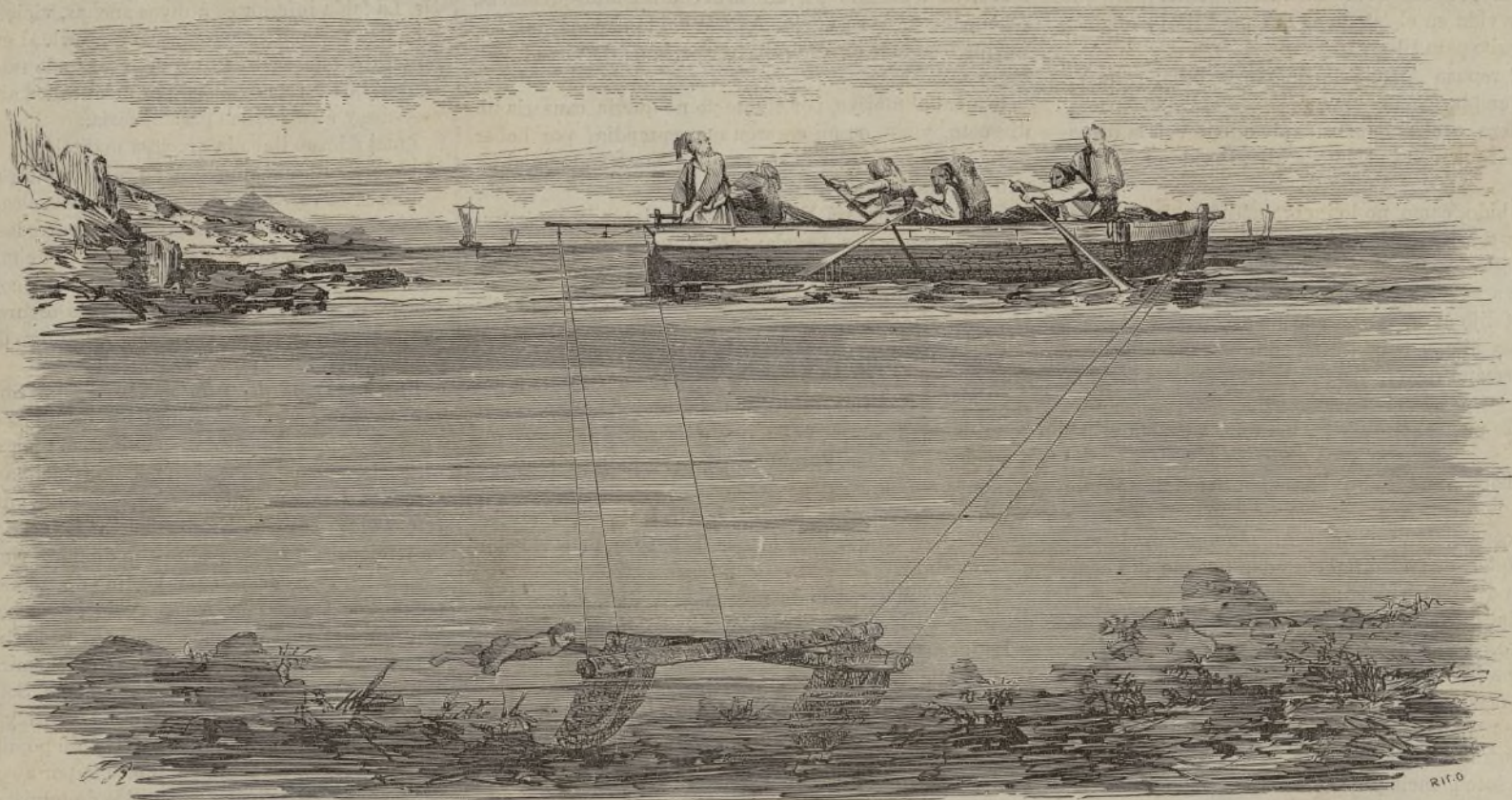
I.

ALCOBA.

II.

ZASCANDIL.

Tenemos el sentimiento de decir á aquellos de nuestros amables suscritores que nos han favorecido con soluciones en verso, que, siendo muchas las que hemos recibido, nos vemos en la absoluta imposibilidad de darlas cabida.



LA PESCA DEL CORAL.

su majestad primitiva el airoso juego de sus arcos, el caprichoso donaire de sus capiteles, y cuanto de esquisito en la forma y de augusto en la significacion reñia la arquitectura de la Edad Media.

Al contemplar hoy esos cláustros solitarios, cuando un fugaz rayo de sol poniente viene á jugar sobre las losas de los sepulcros; al evocar las venerables figuras de aquellos monges que pasearian por ellos un tiempo absortos en santas meditaciones, se cree oír todavía el rumor de los sagrados cánticos, se cree percibir el aroma del incienso, y el alma se remonta extasiada á otro mundo superior al mezquino mundo en que suspira.

Se ha publicado el tomo 9.^o de la *Coleccion de cuentos de salon*, que con el título de *Propaganda de la familia*, publican los distinguidos literatos Sres. Guerrero y Frontaura.

El citado libro contiene la primera parte del cuento *El hijo del sacristan*, y no dudamos en insistir en recomendar la lectura de tan interesante y moral publicacion, que se hace más digna del aprecio que se le ha dispensado desde que empezó á ver la luz, por su módico precio de 4 rs. cada tomo.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Nadie duda hoy de la que proporcionan á todas las clases de la sociedad las máquinas de coser. Con tal motivo, llamamos muy particularmente la atencion de nuestras suscriptoras sobre los grabados de las guías y aparatos pertenecientes á la excelente máquina de coser SILENCIOSA PERFECCIONADA, que con el número del 18 pasado les remitimos. Nada exajeramos al decirles que

Allí, además de una consultora discreta y entendida, hallarán las señoras cuantos secretos de tocador puedan desear, así los ricos polvos de la Emperatriz, como los tintes más finos para el cabello de todas clases, tanto en negro como en rubio.

Tambien hallarán un variadísimo surtido de adornos para la cabeza, y los mejores modelos en peinados de última moda, todo del mejor gusto y de una baratura relativamente excesiva.

Tiempo hace que venimos recomendando este establecimiento á nuestras suscriptoras, pero nunca como hoy podemos hacerlo con más justicia, por el esmero con que allí se procura complacer al público.

CORRESPONDENCIA.

M. V.—*San Sebastian*.—Todos los encargos que las señoras suscriptoras tengan á bien hacernos, serán servidos con la mayor puntualidad y el mayor esmero.

L. O.—*Vitoria*.—Los candelabros dorados se limpian muy fácilmente si no se deja que las gotas de cera ó espermá tomen un color verdoso. Se moja una esponja con agua tibia, se pasa por encima de un pedazo de jabon, y se frota las manchas, que en seguida desaparecen. Las manchas que afean los muebles se hacen desaparecer frotándolos con franela empapada en aceite.

El acero tambien se limpia con aceite mezclado con hollin pasado por tamiz; se frota y se pasa un cepillo sobre el acero.

M. J.—*Barcelona*.—Hé aquí el modo de preparar la miel rosada, tan útil para curar las inflamaciones de la garganta y de la boca. Se toman 30 gramos de hojas de

CHARADA.

La prima y la segunda
está en el cielo,
y la tercera y cuarta
en mí la encuentro.
Poniendo sólo
la derecha ó la izquierda
sobre mi rostro.

Juntándolas por su orden
las mismas cuatro,
de un instrumento forman
el nombre exacto,
que los marinos
en sus navegaciones
llevar consigo.

GERÓNIMO COUDER.

OBRAS DE D.^a ANGELA GRASSI

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, que forma un elegante tomo, 6 rs.

Las riquezas del alma, dos tomos, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias. Para las señoras suscriptoras á EL CORREO, 8 en Madrid y 10 en provincias.

Coleccion de poesías, un tomo 10 rs., y 5 para las señoras suscriptoras al CORREO DE LA MODA.

Las Sras. Suscriptoras á ambas Ediciones, recibirán con este número el figurin iluminado

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.